Fósiles y prodigios de la naturaleza en las colecciones de Vincencio Juan de Lastanosa (1607-1681)

Carlos GARCÉS MANAU

Proyecto Lastanosa. Instituto de Estudios Altoaragoneses. C/ Parque, nº 10. E-22002 Huesca. España.
C/e: lastanosa@iea.es

El oscense Vincencio Juan de Lastanosa es una de las figuras más singulares de la historia cultural aragonesa. Fue un apasionado coleccionista y mecenas, interesado en los más diversos campos del saber (historia, arqueología, numismática, literatura, ciencias naturales, alquimia y medicina...). Convirtió su casa-palacio del Coso en una gran biblioteca y museo de libros, monedas, piedras preciosas, antigüedades, obras de arte, armas, mapas, instrumentos científicos, fósiles y prodigios de la naturaleza. Lastanosa aglutinó en torno suyo un amplio círculo de escritores, artistas e intelectuales, entre los que destaca el jesuita Baltasar Gracián. Sin salir demasiado de Huesca, logró mantenerse en contacto con eruditos y coleccionistas españoles y europeos (sobre todo, italianos y franceses). Creó asimismo unos singulares jardines, en los que sobresalían un gran estanque navegable y un laberinto vegetal. Y construyó en la catedral de Huesca una capilla y cripta funeraria que constituyen uno de los conjuntos de arte barroco más destacados de Aragón.

En el año 2007 se cumple el cuarto centenario del nacimiento de Vincencio Juan de Lastanosa. Con tal motivo, el Instituto de Estudios Altoaragoneses está desarrollando un amplio programa de investigación y difusión de su figura y de la Huesca del s. XVII, en el que participan el Gobierno de Aragón, la Diputación Provincial de Huesca y el Ayuntamiento de Huesca. Dicho programa de actividades, denominado Proyecto Lastanosa, incluye, entre otras, exposiciones, publicaciones, la realización de un curso y un congreso y diversas actividades didácticas y de divulgación

Figura 1. Retrato de Vincencio Juan de Lastanosa.

Lastanosa y la ciencia

Las disciplinas científicas, tal como eran entendidas en el s. XVII, fueron uno de los campos que más atrajeron la atención de Lastanosa. Veamos algunos ejemplos: el mecenas oscense poseyó, en el siglo en el que se inventaron ambos instrumentos, telescopios y microscopios (a ambos, como vamos a ver, los denomina «antojos»). Aseguraba, en efecto, tener *«algunos antojos de larga vista muy buenos, y entre ellos dos que tienen a diez palmos de largo y se ve con ellos las manchas del Sol, Venus cornuta, etc.»*; en cuanto a los microscopios, Lastanosa se refiere a ellos así: *«antojos de los que aumentan los objetos, los crecen y los multiplican, algunos con notable admiracion, pues de una pulga se muestra un horrible monstruo, y de menudissimas semillas de flores crecidissimas frutas, como son cidras, limones, naranjas, melones y otra infinidad»*. Estas semillas pertenecían a algunas de las muchas flores y

plantas que ornamentaban sus famosos jardines. En varios casos, dichas semillas, pertenecientes a plantas especialmente raras en la época, llegaron a Huesca gracias a los contactos europeos de Vincencio Juan de Lastanosa. Desde Toulouse, por ejemplo, el clérigo, y coleccionista como él, Francisco Filhol le enviaba semillas de tulipanes; el conde italiano Vincencio Mariscoti, por su parte, había prometido remitirle la rosa de la China, *«tan singular que sólo se halla en manos de dos Príncipes en Italia»*. Dada la innata curiosidad científica de Lastanosa, es de suponer que, probablemente, aplicara también los primitivos microscopios al estudio de su colección de rocas, lo que le permitiría descubrir o conocer detalles de los abundantes microfósiles (numulites, orbitolinas, alveolinas, etcétera) que componen con sus caparazones muchas de las rocas cretácicas y terciarias de los Pirineos.

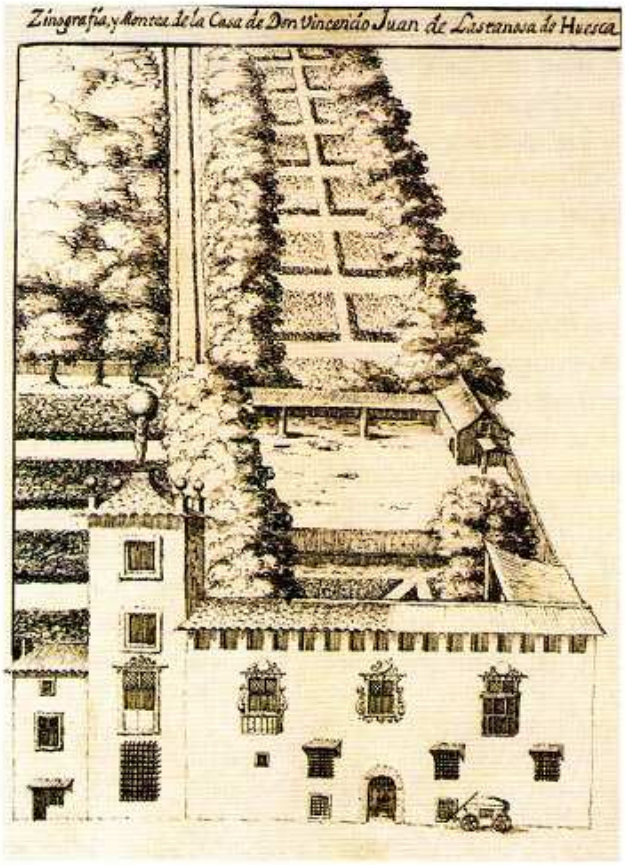

Figura 2. Fachada del palacio de Lastanosa.

La alquimia fue una de las principales aficiones de Lastanosa. Durante tres años, aproximadamente entre los años 1658 y 1661, estuvo alojado en su palacio oscense el sacerdote y alquimista italiano Nadal Baronio, preparando para él oro potable y otros notables remedios alquímicos. Cuando Baronio abandonó Huesca, Lastanosa colocó en su Biblioteca un busto con su retrato, como recuerdo perenne de su estancia en la ciudad. Incluso tras la muerte de Vincencio Juan de Lastanosa en 1681, su casa siguió siendo conocida en Aragón como centro destacado de medicina alquímica. A ella acudió por ejemplo el enfermero franciscano Diego de Bercebal para recibir enseñanzas, tal y como se recoge en su obra póstuma, publicada en Zaragoza en 1713, *Recetario medicinal espagírico*.

Relacionado hasta cierto punto con la medicina está el interés de Lastanosa por las piedras preciosas, pues es bien sabido que los lapidarios constituyeron primitivos libros de medicina. En sus colecciones llegó a haber 2.000 camafeos y piedras preciosas, sobre las que el mecenas oscense escribió una completa *Dactiloteca*, que permaneció manuscrita a pesar de que, en más de una ocasión, se pensó en su publicación; en la actualidad, esta *Dactiloteca*, en la que se estudiaban los *«nombres, calidades y virtudes»* de las distintas piedras, permanece por desgracia perdida.

Señalar, por fin, el elevado número de obras de carácter «científico» que formaban parte de la célebre *Biblioteca lastanosina*. Por citar algunas: un libro sobre embriología animal, publicado en Londres en 1651 por William Harvey, el codescubridor de la circulación de la sangre junto al aragonés Miguel Servet; tres tomos grandes sobre peces, aves y otros animales del famoso naturalista suizo del s. XVI Conrad Gesner, con sus espléndidos grabados coloreados a mano; o el extraordinario *Catoptrum microcosmicum*, de Johan Remmelin, publicado en 1619, que el propio Lastanosa calificaba *«de lo mas raro que ay escrito»* (se trata de un singular atlas del cuerpo humano, con grabados recortados y superpuestos, que permitían ir descubriendo los distintos órganos del cuerpo del hombre y de la mujer).

Fósiles y prodigios naturales en el Museo Lastanosa

En este artículo nos centraremos sobre todo en un aspecto concreto de los intereses «científicos» de Vincencio Juan de Lastanosa: la presencia de fósiles y otros objetos naturales (a los que en más de una ocasión los textos que comentamos a continuación denominan «prodigios») en el Museo lastanosino. Las referencias a fósiles y prodigios de la naturaleza que detallaremos enseguida, así como las que acabamos de mencionar sobre «anteojos», tulipanes, piedras preciosas, alquimia o libros científicos, figuran en una serie de des-

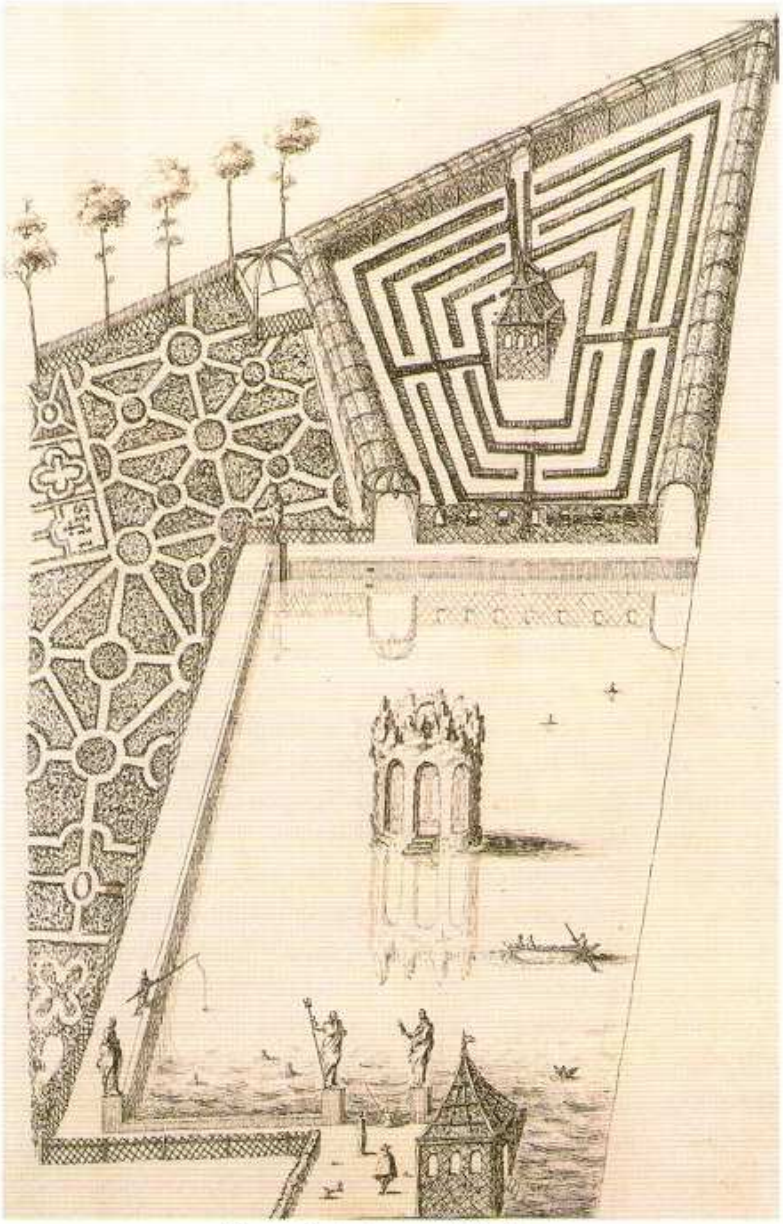

Figura 3. Estanque y laberinto.

cripciones de época de Lastanosa de su palacio, jardines, biblioteca y colecciones. Las que utilizaremos en este artículo son las siguientes: *Descripción del palacio y los jardines de Vincencio Juan de Lastanosa*, un extenso y detallado manuscrito escrito hacia 1650 por el historiador y cronista zaragozano Juan Francisco Andrés de Uztarroz, que se encuentra en la Hispanic Society of America, en Nueva York (manuscrito B-2424; para lo que sigue, f. 26, 27, 45-47 y 50); la *Narración de lo que le pasó a don Vincencio Lastanosa a 15 de octubre del año 1662 con un religioso docto y grave*, conservado también en la Hispanic Society (f. 73-75) –hay no obstante un segundo ejemplar en la Biblioteca Nacional de Madrid–; y dos *Catálogos de los libros y otros objetos de las colecciones lastanosinas*, existente uno en la Biblioteca Real de Estocolmo (manuscrito U-379, f. 102-104) y perdido el otro, aunque por fortuna fue transcrito en parte a fines del s. XVIII por el bibliógrafo aragonés Félix Latassa (manuscrito nº 77 de la Biblioteca Pública de Huesca, pág. 10). El Instituto de Estudios Altoaragoneses, dentro del Proyecto Lastanosa, tiene previsto publicar en los próximos meses una nueva edición crítica de estos y otros textos igualmente importantes sobre Vincencio Juan de Lastanosa.

Para referirse a los elementos naturales que se podían encontrar en el Museo de Lastanosa, los textos que hemos señalado utilizan, por lo general, los términos «prodigios» o «cosas admirables» de la naturaleza; en cuanto a los fósiles propiamente dichos, se habla de «empedrimientos» o «empedrimentos». Así por ejemplo, se dice que Lastanosa había reunido diversas *«cosas admirables de la Naturaleza, que se pudiera hacer dellas un tratado mui digno de la atención de los curiosos investigadores de los prodigios que encierra en sus entrañas capaces la tierra»*. No obstante, en las descripciones es fácil encontrar también referencias a «monstruosidades», o incluso «mentiras de la naturaleza». Así, en la Armería, situada junto a la gran Biblioteca, había, además de armas antiguas y modernas y esculturas clásicas, *«varias monstruosidades de la Naturaleza de minerales, plantas, pescados, aves, y de estas especies diversos empedrimientos verisimos»* [vemos cómo en los manuscritos se separan bien los elementos biológicos de los fósiles]. Por su parte, el *Catálogo* de Estocolmo menciona la existencia de *«muchas mentiras de la naturaleza, como son animales, frutas, caracoles, ongos, monedas, conchas, miembros humanos, tortugas y otros muchos enbelecos criados o contrahechos por la naturaleza de piedra»*. Es fácil entrever entre estas «mentiras de la naturaleza» diversos fósiles de animales y plantas; de entre los que, por citar algún ejemplo, los hongos podrían ser celentéreos, las monedas serían foraminíferos conocidos como «dineretes» por los aldeanos de los Pirineos, y los miembros humanos serían probablemente huesos de vertebrados frecuentes en los terrenos terciarios de la depresión del Ebro.

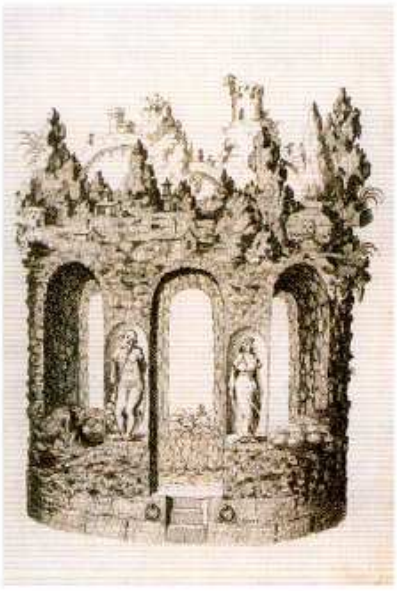

Figura 4. Islote del estanque.

La relación más completa de los distintos tipos de objetos naturales en las colecciones de Lastanosa, desde fósiles a restos de animales fantásticos, es quizá la de la *Narración* de 1662 (véase también el apéndice), al hablar nuevamente sobre la Armería: *«esqueletos de aves y animales, cuernos monstruosos, como del unicornio, de los bueies salvages de que hace mencion el Mº Medina descriviendo el Pirineo, huessos de gigantes, basiliscos y pescados azecinados, y casi quanta variedad de conchas y caracoles se hallan en los mares, y otra gran multitud de empedrimentos que producen estos Pirineos, como miembros de hombres, animales, arboles, plantas, frutas, aves, peces, infestos como tortugas, ranas, sanguijuelas, lombrizes, caracoles y conchas de casi quantas difrencias ay en la mar y en la tierra»*. De este párrafo se desprende que la colección Lastanosa tenía una magnífica representación de los abundantes fósiles que contienen las rocas paleozoicas, mesozoicas y cenozoicas de los Montes Pirineos y de otros lugares. Sin duda, la más completa colección de paleontología de la que tenemos referencia escrita en España hasta el s. XVII. Es también importante reseñar que la clasificación que siguió Lastanosa para la ordenación de sus fósiles es la biológica, aunque el cronista le dé un origen inorgánico, *«empedrimentos que producen los Pirineos»*; es decir, formados por la tierra como los minerales.

Prestemos atención ahora a algunos de los más notables «prodigios de la naturaleza» que poseía Lastanosa. Nos encontramos en primer lugar con un singular fósil vegetal, que el texto, muy notable por otra parte, identifica con un helecho: *«entre los empedrimentos, es mui raro el de una mata entera que el latino llama filix, el español elecho y el catalan falaguera. Es preciosa esta planta entre los curiosos, porque cortada la raiz al traves del elecho hembra representa, perfectissimamente, una aguila imperial con dos cabezas y las alas tendidas; entre los embusteros y viejas vanas, porque favorece sus engaños»*. Había también, en las colecciones de Lastanosa, animales marinos *«corales rojos y blancos muy extraordinarios»*, y una *«coralina»* admirable, revestida toda ella *«de empedrimentos de sanguijuelas, lombrices y caracolillos»*; un *«caballo marino entero, acecinado»*; así como diferentes huevos, desde los *«del avestruz hasta los del escarabajo»* (sobre este último, el texto añade esta preciosa noticia: *«el curioso que ubiese visto en Plinio lo que obra este animalillo en aquellas bolas, no extrañará se guarden, por lo admirable y raro de su estructura»*).

En su museo, Vincencio Juan de Lastanosa había reunido también «piedras» de efectos maravillosos, desde el imán hasta aquellas otras de propiedad medicinales: *«aqui se admira la piedra que por una parte atrahe el hierro y por otra le despide* [magnetita], *la que recoge las pajas* [calamita?], *la que anda en el vinagre, la que representa el iris, la que detiene la sangre, la que recoge la madre, la que quita el dolor de ijadas, y para decillo de una vez, ni Plinio ni Camillo no hizieron mencion de mas piedras que las que atesora esta Diactiloteca»*. No obstante, aún más extraordinarias eran las piedras y estalactitas que el mecenas oscense había conseguido en las cuevas de las sierras próximas a Huesca, con objeto de decorar el singular remate, que imitaba un paisaje con montañas, casas, personas y animales, del islote circular situado en el centro del estanque nave-

Figura 5. Escultura de Lastanosa.

gable, de unos mil metros cuadrados de superficie, de sus famosos jardines: *«hermoseanlo* [el islote] *flores, yerbas, arbolillos, y dale mucha belleza un montecillo cuya cumbre está siempre nevada, porque es de una piedra de agua elada que se sacó de la cueva de los Chaves, en los terminos del lugar de Bastaras* [cristal de roca o calcita cristalina], *que viene a estar debaxo de otra cueba rarissima que llaman de Solencio. Formanse quatro promontorios en esta montaña de otras tantas piedras extravagantissimas, sacadas de la admirable cueba de La Toba»*; estas cuatro piedras recordaban por su forma, respectivamente, a un ciprés, un mono sentado, una columna salomónica y el faro de Mecina, *«que fue celebrado por una de las siete maravillas del mundo»*.

Otro objeto especialmente singular presente en las colecciones lastanosinas era un pedazo de ámbar con un mosquito en su interior: *«es admirable un ambre, en cuia transparente materia se ve sepultado un mosquito»*. La cita es todavía más notable, pues va acompañada por referencias a tres epigramas de MARCIAL, el célebre escritor bilbilitano del s. I después de Cristo. Dos de dichos epigramas aluden, en efecto, a animales atrapados en ámbar: *Epigramas*, Libro 4, 59: *«Mientras una víbora serpentea por las ramas lloronas de las Helíades cayó sobre el animal, que avanzaba en sentido contrario, una gota de ámbar; mientras ve con asombro que está retenida por aquel rocío espeso, de repente se quedó rígida vencida por aquella masa congelada. No te complazcas, Cleopatra, con tu sepulcro real, si una víbora yace en un túmulo más noble»*. (Las Helíades eran las hermanas de Faetón. Por llorar la muerte de su hermano fueron metamorfoseadas en álamos, y sus lágrimas se convirtieron en gotas de ámbar.) *Epigramas*, Libro 6, 15: *«Mientras una hormiga vaga a la sombra de un árbol de Faetón* [un álamo, como acabamos de ver], *una gota de ámbar aprisionó al pequeño animal. Así la que antes, mientras tenía vida, había sido despreciada, ahora, gracias a la muerte, se ha convertido en un objeto precioso»*.

Figura 6. Bocina de marfil.

Asia, América y África

Otro capítulo destacado de las colecciones naturalistas de Vincencio Juan de Lastanosa lo constituían los objetos procedentes de continentes lejanos; en este caso, Asia, América y África. Del continente asiático provenían *«quatro caracoles de nacar muy raros, de los que traen de las Indias Orientales»*. Uno de ellos, *«semejante en la disposición a una navecilla* [Nautiloideo]*»*, era *«de los que llaman Madre Perla»*; la belleza natural de la pieza había sido realzada además por hábiles artistas, pues en parte de su superficie se veían grabados *«hombres, aves y plantas de la China»*. Igual procedencia asiática tenía *«un coco de los de las islas de Maldivia»*, del que, para ponderar su tamaño, se nos dice que en su interior (del coco entero, o quizá de medio coco) cabía *«medio cántaro de agua»*.

Desde América había llegado a Huesca *«un instrumento musico hecho de una cabeza de la cabra en que se cria la piedra vezar, que servia en las Indias en los sacrificios que hazian aquellos gentiles al demonio»*. Recordemos, a este respecto, que Lastanosa poseía este libro de Nicolás Monardes, publicado en Sevilla en 1569: *De las cosas que trahen de las Indias, de la piedra veçar y de la escorçonera.*

La pieza más espectacular procedía sin embargo de África (de donde Lastanosa había recibido también, como hemos visto, huevos de avestruz): se trataba de un colmillo de elefante de unos 70 centímetros de longitud, primorosamente tallado, que los textos denominan *«bocina de marfil»*. Dicha bocina es además uno de los pocos objetos que pertenecieron al Museo lastanosino del que se ha conservado un dibujo, muy detallado (fig. 6). El dibujo, tal y como indica su encabezamiento, fue realizado en 1635, lo que significa que Vincencio Juan de Lastanosa se había hecho con este extraordinario colmillo con sólo 28 años (o incluso con menos edad todavía). Además del dibujo existen dos descripciones escritas del colmillo, prácticamente coincidentes. Una de ellas dice: *«una bocina de marfil de*

casi una bara de largo de una pieça, los dos tercios estriada con mucha gala, en el ultimo hecha una cabeza de cayman con muchas escamas, y de la boca le sale una cabeza de un indio coronado, era de un Rey de la Yndia»; la única diferencia con la otra descripción es que ésta atribuye el colmillo a un *«Rey del Japón»*. Paradójicamente, ninguno de ambos orígenes es cierto, pues como ya señaló Santiago ECHANDI (2000: 69-73), este tipo de piezas se labraron en el África vinculada a la expansión colonial portuguesa. De hecho, en importantes museos de todo el mundo se conservan hoy colmillos de un extraordinario parecido al que tenía Lastanosa, que tienen justamente ese origen, como hacen notar Ezio BASSANI y William B. FAGG (1988: 208-212 y 248-250).

Seres y animales fantásticos

El último de los capítulos que vamos a tratar tiene que ver con la presencia en el Museo lastanosino de seres fabulosos, cuya existencia era sin embargo aceptada todavía en el s. XVII: estamos hablando de gigantes, unicornios y basiliscos. Vincencio Juan de Lastanosa poseyó restos fósiles de vertebrados de gran tamaño hallados en el Moncayo y Tarazona, que, tal y como era frecuente en esta época, se atribuían a gigantes. De ellos, la *Descripción del palacio y los jardines lastanosinos* escrita por Juan Francisco Andrés de Uztarroz nos dice: *«entre las monstruosidades merece nota y admiracion un huesso estremo de la canilla de una pierna, pues hecho el computo por buena simetria, avia de tener el cuerpo cuyo fue aquel huesso mas de 25 palmos de altura. Hallose en Moncayo, y seria posible fuesse de Caco, que por aver sido su alvergue se llamó en lo antiguo Mons Caci, y agora, con poca alteracion, Moncayo. De otro gigante cuyo cadaver se halló en Taraçona, ciudad mui vecina a este monte, ay quatro muelas, que de su grandeza se colige ser de la misma casta que Caco»*. Para Huesca contamos con un testimonio incluso anterior de la localización de grandes restos óseos y de su identificación con gigantes. Aparece, concretamente, en la primera historia de la ciudad, publicada en 1619 por Francisco Diego DE AYNSA (pág. 609). Al mencionar la construcción de la ermita oscense de San Jorge, en el año 1554, Aynsa escribe: *«Hanme referido personas fidedignas que cuando abrieron las zanjas para echar los fundamentos hallaron unas canillas de tan extremada grandeza que no es posible fuesen sino de algún gigante, las cuales soterraron debajo de la columna que está más cerca al altar, a la parte del Evangelio»*. Como señala Eladio LIÑÁN (1999: 10 y 20-21), la de Aynsa es una de las más antiguas referencias a fósiles en Aragón.

Figura 7. Ave Fénix.

Vincencio Juan de Lastanosa consiguió también para su museo un vaso y un cuerno, que los textos conservados relacionan con el legendario unicornio. Del segundo de ellos, la *Descripción* de Andrés de Uztarroz dice: *«ay un cuerno de unicornio poco menos de una bara de largo, el primer tercio hacia la punta redondo y la punta muy buida, los dos ultimos tercios mui desminuidos y culebreados como columna salamonica, todo él derecho»*. Dicho cuerno, de unos 70 centímetros de longitud, era seguramente, como ocurría con objetos similares pertenecientes a otras colecciones europeas de estos siglos, un diente de narval, como los dos magníficos ejemplares expuestos habitualmente en la Sala-Museo Longinos Navás (TUTOR *et al.*, 2004).

Y por último, el basilisco. Según el *Catálogo* transcrito a fines del s. XVIII por Félix Latassa, en el Museo lastanosino se podían admirar dos basiliscos, uno adulto y otro «polluelo», acecinados: *«el cuerpo de un basilisco del mayor tamaño que señala Plinio, hecho cezina, sin que le falte cosa ninguna de su cuerpo. Otro basilisco polluelo del tamaño de una nuez, tanbien hecho cezina, con las mismas perfecciones que el grande»*. La fama de los basiliscos de Lastanosa se extendió de hecho por buena

parte de Aragón. Fray Andrés Ferrer de Valdecebro, natural de Albarracín, fue, tal y como señala Vicente MARTÍNEZ TEJERO (2005: 37-43), *«uno de los escasos autores españoles del s. XVII que publicaron libros sobre la vida de los animales»*. En 1680 apareció, de manera póstuma, un libro suyo titulado *El Templo de la fama*. Pues bien, en el capítulo dedicado a catalogar prodigios de la naturaleza procedentes de todas las partes del mundo, tres curiosidades aragonesas llamaron la atención de fray Andrés: la existencia de cuervos blancos en los Montes Pirineos, el basilisco que tenía embalsamado en Huesca *«el Ilustre Lastanosa»* y, finalmente, el hecho de que *«A vista de Teruel en un lugar que llaman Concut, verás que cría la tierra, en un pedazo de monte, huesos y calaveras de hombres, como otras yerbas y plantas»*.

Conclusión

Como conclusión, en este trabajo hemos intentado presentar un panorama general de las colecciones de objetos naturales que Vincencio Juan de Lastanosa reunió en la Huesca del s. XVII. Como hemos podido comprobar, constituyen un conjunto muy destacado, seguramente con pocos paralelos en el Aragón y la España de su época, al que será interesante dedicar un estudio más detallado.

Bibliografía

AYNSA, F. D. DE. 1619. *Fundacion, excelencias, grandezas y cosas memorables de la antiquissima Ciudad de Huesca*.

BASSANI, E. y FAGG, W. B. 1988. *Africa and the Renaissance: art in ivory*. Center for African Art, New York. 255 pp.

ECHANDI ERCILA, S. 2000. Filosofía y saberes del Barroco (en las bibliotecas de Spinoza y de Lastanosa). *Actas del I y II Curso en torno a Lastanosa, Huesca*, pp. 43-80.

LIÑÁN GUIJARRO, E. 1999. *Los fósiles en Aragón*. Colección CAI 100, nº 25, Caja de Ahorros de la Inmaculada de Aragón, Zaragoza. 110 pp.

MARCIAL. 1991. *Epigramas completos*. Edición de Dulce Estefanía, Cátedra, Madrid, pp. 141, 186 y 233.

MARTÍNEZ TEJERO, V. 2005. *Piedras, Fósiles, Plantas, Insectos, Peces, Pájaros... Naturalistas aragoneses*. Biblioteca Aragonesa de Cultura, nº 35, Ibercaja, Obra Social y Cultural, Zaragoza. 206 pp.

TUTOR LARROSA, E., TUTOR MONGE, Á. y NUÑO FRÍAS, M. 2004. Joyas naturales de la Sala-Museo «Longinos Navás»: el narval. *Naturaleza Aragonesa*, **13**, pp. 67-75.

Apéndice

Narración de 1662

«Y no se contentó la naturaleza con formar de piedra todas estas cosas, pero aun imitó algunas de las obras mecanicas mas primorosas, como unos botones, alguno del tamaño de una manzana mediana de una piedra blanca, que por algunas sutilissimas piedras descubre unos raios tan brillantes que parece tener alma de diamante, dividida de arriba abaxo en cindrias como el melon, formadas de quatro o 5 ordenes de puntos sutilissimos, unos hundidos para abaxo, otros relevados para arriba [seguramente el coral *Cyclolites*, frecuente en las rocas cretácicas de los Pirineos]. *Otras piedras en forma de los botones chatos que se usan para passador a la sabanilla que se lleva al cuello, unos labrados de cindrias de pezoncillos relevados puestos con mucha orden y concierto, otros adornados de unas rosas redondas que forman en el medio un pezoncillo, que lo rodea una sutilissima crestilla, y entre* /[f. 75r.] *una y otra orden de estas una cindria echa de la misma crestilla ondeada, lo uno y otro tan primoroso que no es possible imitarlo la mas primorosa filigrana, ni explicarlo el mas diestro buril. Y aun en esta obra la misma naturaleza desconfió del credito, pues en un lado de ella amontonó monstruosamente de las mismas cosas, en que subscribió el me fecit.* [Probablemente es una descripción externa de diversos géneros de foraminíferos de la familia Nummulitidae y Orbitolinidae, muy frecuentes en las rocas pirenaicas de origen marino.]

Entre la multitud de las dichas piedras, que sin lo dicho son inumerables de referir, lo que illustra estas maravillas y puede servir de estimulo a unos y de consuelo a otros es un guijarro poco menos que el puño cerrado de una mano pequeña, que se ven sobre él quatro sepulcros echos de piedras de la misma naturaleza, tan pequeñas que la maior no excede de la quarta parte de un grano de pimienta. Estas, juntadas con barro hacen una bobedilla redonda de la traza de las que se hacen para los hornos de cozer pan con las adobas, y arriba donde las bobedas cierran con la ultima piedra que llaman clabe queda del mismo barro formado como /[f. 75v.] *un embassador o papeleta, y esto sirve para que al tiempo de entrar el animalejo en su sepulcro lleva consigo una piedrezuela con que cierra la bobeda, y para que al dexarla no se desvie ni caiga hizo aquella prevencion* [quizá rudistas o balánidos]. *Hagan reparo en esta maravilla los escrupulosos que condenan que el hombre que cree su Resurreccion busque sepulcro honrado en que depositar sus huesos».*